

Por el Sr.

# Deybe Borrean

Entre los recuerdos más vivos de mi infancia en Pando hay dos escenas que el tiempo no ha logrado borrar.

La primera me lleva al año 1948. Éramos niños y el mundo cabía en unas pocas cuadras del barrio. Un día comenzó a llegar, puntual y llamativo, un camión cisterna de Coca-Cola. Se detenía en la esquina y sus empleados hacían sonar una campana cuyo tintineo se desparramaba por las calles como una invitación irresistible. Entonces salíamos de nuestras casas con una jarra en la mano, casi corriendo, y nos acercábamos con una mezcla de curiosidad y entusiasmo. Allí, generosamente, nos servían refresco gratis. Para nosotros no era solo una bebida: era una fiesta inesperada, un acontecimiento que rompía la rutina y que aún hoy puedo evocar con nitidez.

La segunda anécdota me transporta a 1951, cuando en el parque de Pando se realizó la Exposición Industrial, que marcaría el inicio de la Cámara Comercial, Industrial y Agraria de la ciudad. Para los vecinos fue un verdadero acontecimiento. Las máquinas exhibidas despertaban admiración y asombro; parecían promesas de un futuro moderno que comenzaba a abrirse paso ante nuestros ojos.

Pero lo que más nos impactó a muchos niños fue aquel escenario flotante instalado sobre las aguas del arroyo Pando. Parecía casi mágico verlo allí, sostenido sobre el agua. Las gradas, construidas sobre el barranco, se extendían desde la segunda curva hasta el embarcadero. Allí nos sentábamos, atentos y maravillados. Aún hoy, quien camine por el lugar podrá descubrir dos o tres escalones que sobreviven como testigos silenciosos de aquella época, restos materiales de una emoción que permanece intacta en la memoria.

